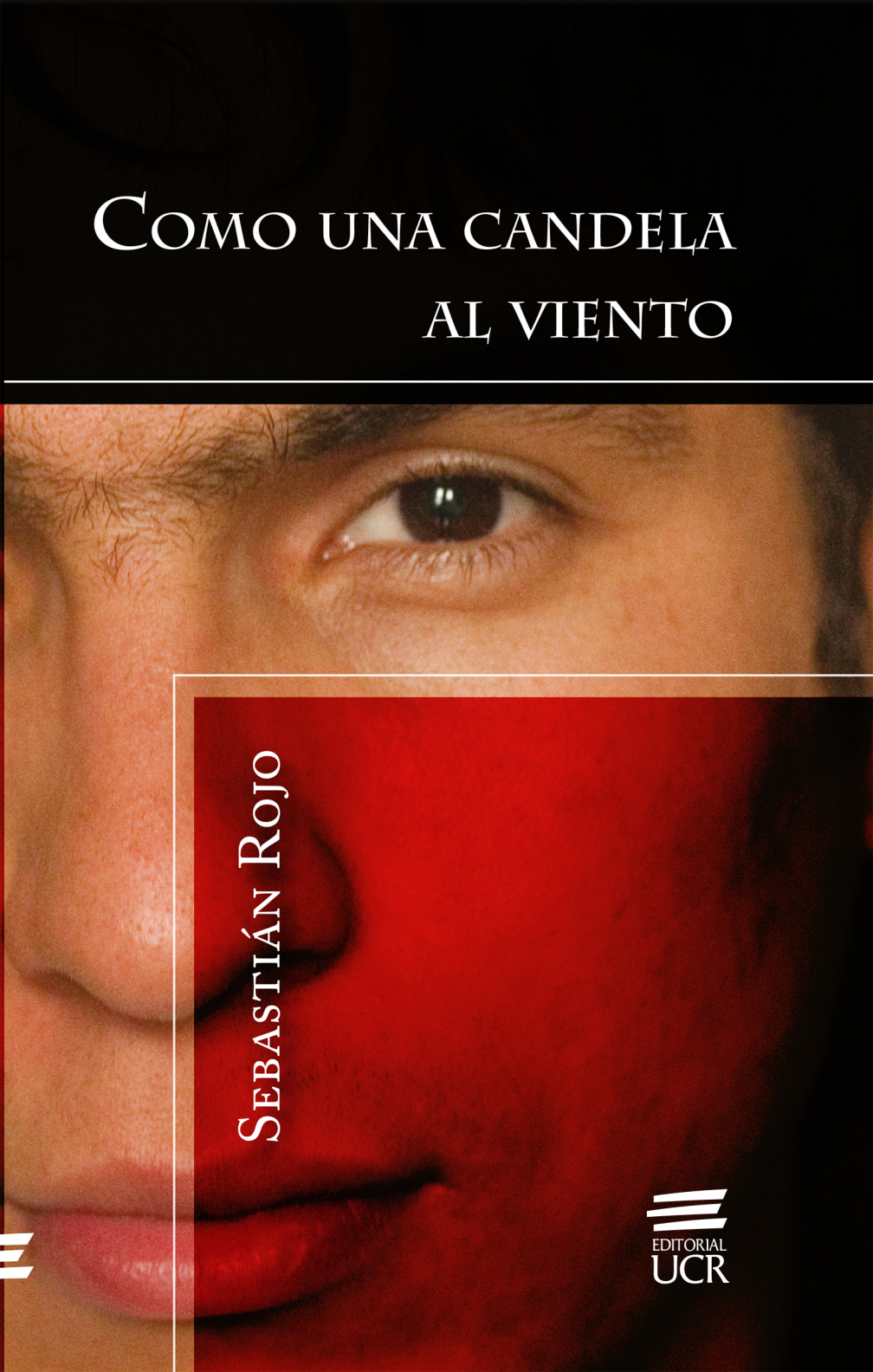


COMO UNA CANDELA AL VIENTO

A close-up photograph of a man's face, focusing on his eyes, nose, and mouth. The right side of the image is overlaid with a solid red color, creating a dramatic effect. The author's name is printed vertically in white on this red area.

SEBASTIÁN ROJO

The logo for Editorial UCR, featuring three horizontal white lines of increasing length above the text "EDITORIAL UCR".

EDITORIAL
UCR

COMO UNA CANDELA AL VIENTO

SEBASTIÁN ROJO


EDITORIAL
UCR

CR863.5

R741c

Rojo, Sebastián, seud.

Como una candela al viento / Sebastián Rojo. –

1. ed. – San José, C.R. : Editorial UCR, 2009.

x, 165 p.

ISBN 978-9968-46-085-9

1. NOVELA COSTARRICENSE 2. LITERATURA COSTARRICENSE I. Título.

CIP/1830

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 2009

Fotografía de portada: *Richard Van Eckendonk* • Modelo de portada: *Johan Castellanos*

Diseño de portada: *Priscila Coto*.

El autor aclara que, aunque esta novela fue escrita a raíz de la muerte de dos de sus más queridos amigos, todos los personajes son ficticios.

Algunas situaciones están inspiradas en hechos reales, pero se relatan con la libertad y las licencias propias de toda actividad creadora.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio". San José, Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • E-mail: administracion.siedin@ucr.ac.cr
Página web: www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impresión parcial de 300 ejemplares, realizada en la Sección de Impresión del SIEDIN, en el mes de mayo de 2009.

Contenido

Capítulo I	
La fiesta del milenio	1
Capítulo II	
Entre la playa y el cine.....	23
Capítulo III	
Las cuatro letras	57
Capítulo IV	
Las hermanitas del corazón agonizante	92
Capítulo V	
La antesala de la vida	126
Epílogo	
“A tiempos mejores”	158
Acerca del autor.....	165

Capítulo I

La fiesta del milenio

Eran las diez y veinte de la noche, del último día del año, del último año del siglo, del último siglo del milenio. Conducía despacio y había entrado en lo más profundo de sí mismo, actitud frecuente en él cuando viajaba solo. Descendía por una pronunciada pendiente que parecía querer arrojarlo al cauce de aquel río inmundo: el Virilla. La noche estaba muy oscura, o al menos así le pareció. Las grietas y los huecos en el asfalto, los matorrales iluminados parcialmente por las luces de su carro, el desastre causado por un tajo que había destruido la belleza de aquel rincón del Valle Central y el aspecto ruinoso de unas casuchas que colgaban en un terreno prácticamente vertical, le produjeron sequedad en la garganta y una sensación de fragilidad que le disgustaba muchísimo. De pronto se dio cuenta que no había ni un solo carro a la vista, ni delante ni detrás, algo muy raro en esa fecha y a esa hora. El río, al fondo del cañón, solo podía adivinarse por el ruido de las aguas sucias golpeando contra las piedras, llantas, estañones y otros deshechos que arrastraba la corriente. En el cielo no se veía ni una estrella. Sintió una extraña conmoción, un desconsuelo, una

angustia. Como cuando tiene una pesadilla, y al despertar, se da cuenta que está solo y que no tiene a nadie a quien recurrir, a quien abrazarse. En ese preciso instante supo –sin lugar a dudas– que el dos mil sería un año nefasto.

Esa misma tarde, Manuel había estado en casa de sus padres viendo la transmisión en vivo del fin de siglo en cada rincón del mundo. Sus sobrinos, cada día más *corrongos* y más *tequiosos* –como decía la abuela, que en paz descanse–, no le permitieron tomarse en serio aquello del nuevo milenio. De todas formas, ¿cuál es la diferencia?, había pensado a lo largo de todo el año. La mañana del primero de enero del dos mil va a ser exactamente igual a la de hoy y la de ayer y la del día anterior. Estaba cansado de ver en televisión y leer en los periódicos las descabelladas profecías de los pregoneros de catástrofes milenaristas y, a decir verdad, tampoco le creía a los optimistas ingenuos que pocos años antes habían anunciado el fin de la historia y asegurado contundentemente que el futuro solo podía ser mejor. Manuel era un ferviente defensor de que lo único real e importante es el ahora. *No day but today*, repetía constantemente, citando uno de sus musicales favoritos. El problema es que el ahora puede elevarnos al cielo o hacernos caer a lo profundo del abismo en cuestión de segundos y por razones absolutamente incomprensibles para la mayoría de los mortales. Tal vez por eso le preocupó tanto el miedo repentino que parecía apoderarse de él, trastornando la –hasta ese momento– serena sucesión de sus horas.

Como cada fin de año, había ido a misa de siete con su familia. Cuando terminó la celebración, intercambió unas pocas frases convencionales y amables con algunos conocidos que lo saludaron y le desearon un próspero año nuevo. Tomó conciencia de que cada año reconocía menos rostros y le costaba más asociar a las personas con un nombre o apellido concreto. Luego caminó con sus padres las pocas cuadras que los separaban de casa, disfrutando el hecho de andar sin prisas, tomados del brazo para defenderse del frío, recorriendo el vecindario de su infancia y adolescencia. Cuando llegaron, su hermana y su cuñado ya tenían puesta la mesa y los chiquillos corrían de un lado para otro, excitados por el ambiente festivo de la ocasión. Sirvieron tamalitos y escabeche, y brindaron con

un vino espumante que además de barato –o tal vez precisamente por eso– resultó una verdadera decepción. Se abrazaron y se besaron. No fue realmente una fiesta, sino un ratito juntos, una pequeña reunión familiar para no olvidar que a pesar de todo, seguían necesiéndose y queriéndose. Este año, aunque la llegada del dos mil tenía a todo el mundo preparando festos despampanantes, ellos decidieron que continuarían con la tradición de tener una fiesta en serio, como Dios manda, glamorosa y obligatoria, solo en Navidad, cuando la cena se sirve en la vajilla de porcelana (heredada de tía Leonora), se sacan los cubiertos de plata (comprados en un *sale* durante el último viaje a Miami) y *mami* prepara el pavo que todos en casa consideran el mejor del mundo.

Manuel, a pesar de su edad, seguía refiriéndose a sus padres con la expresión infantil *papi* y *mami*. “Es que no me sale llamarlos de otra forma”, solía decir para justificarse. Sus amigos –que apenas los conocían–, al principio para burlarse de él y después por la fuerza de la costumbre, también les decían así.

Aquella fue una velada tranquila, familiar, casi aburrida. No le había costado escaparse. Los niños, agotados por tanto ajetreo, acabaron durmiéndose, y *papi* y *mami* definitivamente querían irse a la cama antes de las doce. Así que poco después de las diez, comenzó a repartir besos y se despidió de su hermana y su cuñado, que intentaban en vano meter a sus hijos en el carro sin que los despertaran los *chiflones* de diciembre. Cuando por fin abordó su propio vehículo –como un Clark Kent del siglo veintiuno– comenzó a recuperar su identidad secreta, la verdadera, la que pertenecía a la dimensión desconocida, la que siempre había estado oculta al pequeño círculo familiar.

Ahora subía por aquella carretera llena de huecos, dirigiéndose a Tibás con la sensación de intentar angustiosamente salir de un tenebroso paraje poblado de malos presagios. Ni siquiera *The main event* cantado a todo galillo por Barbra Streisand pudo evitar que las manos se le llenaran de sudor y la mirada se le pusiera sombría. Aceleró y se dio cuenta que estaba huyendo de algo, aunque no sabía exactamente de qué. Sacudió la cabeza y gritó con Barbra: *I gotta thank my lucky star...* después cogió el celular para llamar a Rafa. En cuestión de segundos la voz de su compañero le había aliviado todo

mal pensamiento y pudo sentir el olor penetrante del pastel de pollo (receta de *mami*), que traía en el piso, frente al asiento de al lado. Pronto estaría rodeado de aquellos que podían aliviar, con toda clase de artilugios, sus peores temores.

En el parque de Tibás, Rafa subió al carro ataviado con su mejor sonrisa y demostrando con su actitud que había esperado con ansias ese momento. Se puso el *pirex* sobre las rodillas y besó a Manuel como si acabaran de jurarse amor eterno. La gente que los vio desde la acera no tuvo tiempo de gritarles improperios, aunque después de recuperarse del impacto, comentaron con odio y sarcasmo el descaro de los *playos*, en este inminente final de los tiempos.

Iban a casa de Octavio, el nica. Aquella divinura de casita quedaba en el residencial Los Colegios y todavía no estaba completamente amueblada, porque Octavio acababa de mudarse. Aparte de la cama y el mueble de cocina, solo había un hermoso juego de comedor rústico, muy señorial. El resto eran detalles decorativos: tres alfombras que parecían sudamericanas rodeadas de cojines, muchos tejidos guatemaltecos y mexicanos, velas –cualquier cantidad de velas– y un par de lámparas de pie. ¡Ah! y un montón de plantas traídas de La Garita pocos días antes, además de un enorme afiche de la película *The Mummy*, con Brendan Frasier en un primer plano impresionante, sobre la pared principal. Todo dispuesto en un desorden cuidadosamente premeditado. José Luis y Toni habían estado la tarde entera ayudando a preparar las boquitas y todos los detalles para la fiesta del milenio. Bombas, guirnaldas, farolitos de papel como los del quince de septiembre, pero en dorado –todo era dorado–, arreglos florales y el inevitable árbol de Navidad, en una gran maceta para poder sembrarlo después de las fiestas (con sentido ecológico, la loca...). Por supuesto, el equipo de sonido, comprado con el primer sueldo de Octavio en el Banco Nacional, había sido ubicado estratégicamente para que *las chiquillas* pudieran disfrutar a sus divas favoritas: Madona, Celín Dion, Chavela Vargas, Mercedes Sossa, Laura Paussinni y las chicas del montón.

Cuando Manuel y Rafa llegaron, ya estaban casi todos en casa. Solo faltaba Eduardo. Definitivamente esta no sería una gran fiesta como las que organiza aquel *mae* de Palmares cada

año, que atraían a las locas de los cuatro puntos cardinales, desde La Cruz de Guanacaste hasta Golfito y desde Parrita hasta Guápiles. No. Aquella noche, la última del siglo veinte, la pasarían juntas las *hermanitas del corazón agonizante de Jesús*, las hermanitas del alma. Tal vez por eso todos estaban un poquillo incómodos por la presencia de Sebastián, la nueva adquisición de Toni —*el sabor del mes*, según sus propias palabras— que con diecinueve añitos recién cumplidos, desentonaba totalmente con aquel selecto grupo de *profesionales jóvenes*. Tal era la forma en que Octavio definía al grupo de amigos, para evitar el tema de las edades. De todas maneras, el ambiente era festivo y cada cual se sentía como si fuera la primera vez que, evadiendo padres, madres y demás familiares, se juntaban para recibir el año nuevo. Octavio y Toni escogían la música, Rafa socializaba con el güililla nuevo, José Luis y Manuel se metieron a la cocina para poner la cena en el horno y comenzar a preparar la ensalada y la sangría.

Finalmente llegó Eduardo.

—¡Mujer, ¿qué te pasó?! —exclamó Manuel con gran alharaca.

El rostro, cuello y brazos de Eduardo estaban llenos de unas manchitas rosadas diminutas, y fácilmente se adivinaba que lo mismo ocurría con el resto de su cuerpo.

—Es una historia buenísima... Pero no creo que les interese... —dijo él, tratando de parecer pícaro y misterioso.

—¡A ver, zorra!, contanos de una vez por todas —reclamó Toni.

—Bueno... resulta que ayer me fui para la casa de la playa y, por supuesto, no me fui solo. Pasé por Barrio Los Ángeles (exclamación general de falsa indignación), y Tita me tenía listo un chiquillo divino, blanquito, de Turrúcares —o al menos eso dice él—, ojitos verdes, géminis... en fin... ¡rico el hijueputa!

—Okey, okey... pero ¿qué tiene que ver eso con que estés toda brotada? —preguntó Manuel.

—Que nos dimos la *culiada* del milenio, nos tomamos como veinte birras y nos quedamos dormidos al lado de la piscina. Los zancudos hicieron fiesta y probablemente se emborracharon tanto como nosotros —concluyó Eduardo.

El coro de adjetivos no se hizo esperar: ¡perra!, ¡zorral, ¡revolcada!, ¡arrabalera!, ¡ramera!, ¡hetaira!, ¡pécora!, ¡jinetera! Todos se voltearon con sorpresa hacia José Luis, que –desde su llegada de La Habana– no paraba de enriquecer continuamente el vocabulario del grupo, con lo aprendido en Cuba.

—¡Amiga! –dijo Rafa– esos zancudos no chupaban sangre sino que arrancaban el pedazo, querida. Ni con cuatro capas de base tapás esos cráteres, *honey*.

Octavio pensó que el tema de las manchas en la piel de Eduardo se estaba alargando demasiado, así que sin más preámbulo sentenció:

—¡Muy bien reinas, suficiente! Ahora a mover la colita.

Y al instante estaban todos bailando, animadísimos, *El Carnaval* de Celia Cruz:

*Todo aquel
Que piensa que la vida es desigual,
Tiene que saber que no es así,
Que la vida es una hermosura...*

La noche estaba fresca, a lo lejos se escuchaba el ruido de otras fiestas en otras casas, pero ellos estaban en lo suyo, bailando, riendo, compartiendo los abundantes bocadillos que habían aportado y *loqueando*. Cuando se acercaba la media noche, decidieron apagar la música y prescindir de la tele o la radio: el conteo regresivo de los últimos segundos del milenio lo harían ellos mismos. Pero antes, con todas las luces apagadas, alumbrados solo por las velas y farolitos, se abrazaron haciendo un círculo fraternal. En silencio cada uno miró con ternura a los demás, y sin palabras, se prometieron –como todos los años– amor eterno. Amor de amigas *porsu*, porque *antes mortis que tortis*. Fueron solo unos breves instantes, pero no podían comenzar el dos mil sin aquel gesto. ¡Ahora sí! Diez, nueve, ocho...

Después de los besos y abrazos de rigor, se acomodaron para la foto. Estaban todos alrededor de la mesa. A la derecha Octavio, en primer plano, con una sonrisa amplia en el rostro y levantando jubiloso una copa de vino tinto. A su lado Rafa, sentado de perfil, pero mirando a la cámara, y Manuel de pie,

rodeando el cuello de su amante con un tierno abrazo. Al fondo Toni y Sebastián, en una actitud que delataba claramente que no sabían si ser o no más efusivos en sus muestras de afecto. Después de la nueva parejita, José Luis, también de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho enorme y las mangas cortas de su camisa arrolladas, de modo que se aprecien los bíceps y tríceps que tanto trabajo le han costado. Cerrando el círculo, Eduardo, con una extraña expresión en el rostro: ni triste ni alegre, sencillamente como ausente, su brazo derecho descansando en el respaldo de la silla donde está sentado. La fotografía fue tomada a muy poca velocidad, sin flash, para que los rostros aparezcan iluminados únicamente por la luz de las velas que abundan sobre la mesa. Al fondo, apenas puede distinguirse la puerta que conduce a la terraza. El contraste entre la luminosidad de los rostros y la oscuridad del ambiente es sobrecogedor. Cuando la revelaron, todos quisieron una copia.

Año y medio más tarde, cuando Manuel salió completamente solo de la Sala Garbo, después de haber visto *The Broken Hearts Club*, recordó los rostros de José Luis, Rafa, Octavio, Eduardo, Toni y Sebastián, y casi pudo escuchar las palabras con que se hacía la publicidad de la película: *The shortest distance between friends isn't always a straight line*. Es increíble cuántas cosas habían ocurrido en solo dieciocho meses.

* * *

—¡Rafael Blanco! ¿Cómo es posible que no te importe en lo más mínimo tu familia? —había dicho su madre en el teléfono.

Y teniendo en cuenta que, como buena campesina era una mujer bastante reservada, estaba claro que realmente se había molestado. No es que Rafa no la quisiera o evitara compartir tiempo con ella, pero ¿cómo iba a irse para Puerto Jiménez, precisamente en la semana entre Navidad y año nuevo, la semana de las fiestas en Zapote, la semana del *pelón*? Tenía veinticuatro años, un color de piel aceitunado y unas facciones que hacían pensar en los habitantes de esas exóticas islas caribeñas, donde la mezcla de razas produce hombres

particularmente bellos. Estaba estudiando Derecho en la UCR y vivía con dos primos –también estudiantes universitarios– en un apartamento en Tibás. Cada vez se sentía más alejado del mundo que había dejado en la península de Osa varios años antes y definitivamente valoraba mucho la libertad que ahora experimentaba.

Al principio no le había gustado San José. Demasiado ruido, demasiada gente. Había que andar siempre con camisa y para ver el mar tenía que manejar casi dos horas. Le costó mucho hacer amigos en la U y, además, cada semestre y en cada curso, tenía que relacionarse con gente diferente. Una noche, durante su primera Semana Universitaria, se tomaba una cerveza sin saber si amanecer en la U o regresar al apartamento, entonces lo abordó un egresado de la escuela de Arquitectura que acababa de regresar de Bélgica, donde se había especializado en rescate del patrimonio arquitectónico. Era una de las pocas personas que habían tomado la iniciativa de hablarle. Después de la tercera cerveza eran íntimos amigos, y después de la quinta estaban besándose y mordiendo, en uno de los jardines entre el edificio de Bellas Artes y la escuela de Música. Nunca se había planteado la posibilidad de ser *gay*, nunca lo habían ofendido o se habían burlado de él por su manera de caminar, mover las manos o hablar, por lo tanto estaba totalmente desprovisto de ese miedo espantoso a la mariconería, que convierte en gente imposible a tantas locas; además, la lengua húmeda y juguetona de Manuel, sus manos recias explorando su entrepierna y aquella sensación de estar haciendo algo realmente prohibido, todo junto, le resultó una experiencia nueva y excitante y contribuyó a que la crisis de identidad por la que tuvo que pasar en las semanas siguientes, no fuera tan severa. Desde entonces andaban juntos. De eso hacía poco menos de tres años. Por supuesto, en los primeros meses rompieron y volvieron veinte veces. Lógicamente, había tenido otros compañeros sexuales, sobre todo al principio. Pero ahora le era imposible desligarse de quien le había abierto las puertas de una vida completamente nueva. Mirando hacia atrás, sentía que después de aquella primera noche con Manuel, su vida había cambiado completamente y todo lo anterior se perdía en una bruma de aburrimiento, vacío e indefinición.

La noche del treinta y uno, estaba solo en el apartamento. Sus primos habían salido con quién sabe quién. Aunque nunca lo habían dicho en voz alta, entre ellos había un acuerdo tácito de no hacer preguntas que pudieran resultar incómodas. Muy conveniente para Rafa que llevaba una vida en la que no quería involucrar a sus compañeros de apartamento. Tomó una ducha, se cortó las uñas, se puso la camiseta negra al cuerpo que tanto le gustaba a Manuel y ahora estaba frente al televisor, sin mirarlo realmente, mientras esperaba impaciente su llamada. Por fin sonó el teléfono.

—¿Aló? ¿Rafa? Ya voy subiendo la cuesta del Virilla. En dos minutos estoy en el parque.

Para Rafa, aquellas palabras fueron como una inyección de adrenalina, y casi sin darse cuenta, caminó las cuatro cuerdas que lo separaban del centro de Tibás. Mientras caminaba, iba pensando que Manuel no era realmente guapo, pero estaba rico y ejercía una especie de fascinación misteriosa en aquellos que llegaban a conocerlo. Además, le encantaba saber cuánto lo excitaba su cuerpo, cuánto necesitaba sus abrazos. Con frecuencia tenía esta clase de pensamientos. Su relación con Manuel había llegado a un nivel de estabilidad que muchos envidiaban, pero él seguía teniendo un cierto saborcillo a duda metido en algún rincón de la conciencia. Cuando se montó en el carro, sin ningún pudor le dio un súper *french kiss* —una de sus especialidades— para tratar de exorcizar los malos pensamientos. Y cuando llegaron a la fiesta en casa de Octavio, buscó todas las maneras posibles de demostrar y demostrarse que no había dejado de amar a su pareja: lo buscaba con la mirada, le sonreía a la distancia, se escondía con él en el baño para una buena apretada. Pronto comenzaron a disiparse sus incertidumbres.

* * *

Unas cuantas horas después de la media noche y varios kilómetros al oeste de la casa de Octavio, José Luis no podía dormir. Su mirada estaba clavada en las partículas negras, grises y blancas que llenaban la pantalla del televisor. Esas que

aparecen cuando ha terminado la transmisión cotidiana, y que los iniciados llaman *las abejas*, probablemente por el zumbido desesperante que las acompaña. Sentía pesadez en el estómago y sequedad en la garganta, y sin embargo, casi no había comido ni bebido en la fiesta. Hacía un poco de frío, pero solo llevaba puesto un bóxer de cuadritos azules y verdes, muy *chic*, muy *Dolce & Gabbana*. A través del cristal, ya empezaba a clarear y, aunque de ordinario consultaba la hora constantemente, el malestar le impedía el gesto mínimo de voltear la mirada y enterarse, por el reloj de la mesita de noche, que eran las cinco y cincuenta y dos a eme. Casi una hora antes, había entrado en su casa —más bien la casa de su familia— porque él vivía en un apartamento cerca de Sabanilla, justo al otro extremo de la ciudad (por supuesto, una opción consciente e intencional). Como sus padres estaban de viaje, él cuidaba durante varias noches la casa de Santa Ana; la vieja casona de adobe que había ocupado su familia por tres generaciones. Remodelada varias veces, rodeada por un extenso jardín, ubicada en las afueras del pueblo, aquella casa era *regia* (su adjetivo favorito, aprendido en Nicaragua durante una semana de juerga con Octavio), combinaba el encanto nostálgico de una acuarela de Fausto Pacheco con las comodidades de cualquier residencia moderna.

Había estudiado en el colegio La Salle, graduándose con notas sobresalientes. En la facultad de Arquitectura —donde había conocido a Manuel— lo consideraban como uno de los estudiantes más brillantes de su generación. Y realmente, además de guapo, era un diseñador de espacios audaz y con buen gusto. No era —y lo sabía— un nuevo Gaudí, pero en su medio profesional ya comenzaba a tener renombre y demanda. No ignoraba que parte del éxito se debía a sus ojos verdes, el hoyito en la barbilla, el cabello castaño lacio que le caía juguetón en la frente y el cuerpo atlético que le había costado años de disciplina y sudor en el gimnasio. Y si a esto sumamos una personalidad sin inhibiciones y el hecho de que proyectaba una seguridad en sí mismo desprovista de toda pedantería, definitivamente tenía el perfil de un triunfador.

Por supuesto, desde la primera vez que se atrevió a estacionar su viejo *Volkswagen* amarillo en la Clínica Bíblica y caminar con Manuel la cuadra y media que los separaba de *Dejavu* —la

discoteca de moda en aquel momento—, tuvo un éxito rotundo y entró a formar parte del selecto círculo de los *dioses griegos* que todas las locas de San José miraban con envidia. Y conste que de eso hacía ya sus añitos. Sin embargo, José Luis nunca había hecho alarde de su belleza, al contrario, pensaba que eso de ser guapo es una cuestión muy relativa y que en el mundo *gay* se le da demasiada importancia al asunto.

—¡Claro! ¡Eso es fácil decirlo cuando uno se asoma al espejo cada mañana y lo que encuentra es tu cara, bruja! —le repetía constantemente Manuel.

Pero no era solo cuestión de cara, era también su actitud: José Luis, a pesar de los años que llevaba en el ambiente, todavía daba la impresión de ser un recién llegado (carne fresca, que dicen) y es que su relación con la mayor parte de las personas que conocía era más que todo, distante. Le permitía a muy pocos adentrarse en su intimidad y a muchos menos en su cama. En otras palabras, era encantador, pero inaccesible. Esto lo hacía más atractivo y deseable, pero le causaba una cierta sensación de soledad y a veces también de culpabilidad. Llevaba mucho tiempo —ya no recordaba cuánto— sintiendo la necesidad de *conectar* realmente con alguien más allá del estrecho círculo de sus amigos. Y creyó que, ofreciéndose como voluntario en la fundación VIDA, podría acercarse a personas viviendo en situación límite, que, por lo tanto, estarían más allá del maquillaje obligatorio en el ambiente.

Por desgracia, el día que se entrevistó con Gustavo, un portador del VIH que estaba en la recepción aquella tarde, sintió un miedo primordial y el deseo casi incontrolable de salir corriendo. No lo hizo. Con su encanto natural escuchó cada palabra que salía de la boca de su interlocutor, aunque tratando —al mismo tiempo— de imaginar la mejor manera de escaparse del enredo en que se había metido por no pensar bien las cosas. Se dio cuenta que la realidad de los enfermos de SIDA, tan solo avistada a la distancia, le resultaba *overwelming* (¿cómo se dice en español?, se preguntó en su interior). Recibió cortésmente las revistas que le entregó el recepcionista y prometió regresar en dos días para entrevistarse con el Dr. Lara e iniciar el entrenamiento básico requerido a todos los voluntarios. Gustavo supo, con solo mirar la expresión de su rostro, que

no volvería a verlo. Al salir, en medio de las risillas impertinentes de dos adolescentes muy afeminados que entraban en la oficina, José Luis se dijo que nunca más pondría un pie en aquel tercer piso del edificio Cristal.

En la madrugada del primero de enero del dos mil, después de repetir ¡mierda! como veinte veces, porque había olvidado sus videos porno en el apartamento, decidió que todavía no era tiempo de dormir, así que encendió el televisor. No había nada interesante —ni siquiera en *E-entertainment television*—, así que sacó de la mochila las revistas que le habían entregado en la fundación VIDA, varias semanas atrás: *Positive Awarnes* y *Poz*. Decidió echarles una ojeada. Lo hacía con el mismo desinterés con que un heterosexual pasaría las páginas de *The Advocate*. Súbitamente una fotografía llamó su atención, y la curiosidad que sintió de primer momento, se transformó vertiginosamente en terror, al descubrir las innegables semejanzas entre las llagas en la piel de Eduardo y las ilustraciones del artículo que tenía ante sus ojos. Lo leyó con avidez y las pocas dudas que tenía al principio fueron desapareciendo conforme avanzaba en la lectura. Fue entonces que, desde algún oscuro rincón de su cuerpo, comenzó a abrirse paso el malestar que ahora lo mantenía postrado, incapaz de reacción alguna.

* * *

En la mañana del primero de enero, Rafa despertó con el brazo izquierdo de Manuel sobre su pecho. Tenían las piernas entrelazadas. Aunque no estaba totalmente despierto, era consciente de cada centímetro cuadrado de su piel, especialmente de aquellas partes de su cuerpo que estaban en contacto directo con el de su compañero. Como tantas veces en los últimos años, disfrutaba enormemente la sensación que le producía el roce de los vellos de las piernas, abdomen y pecho de Manuel. Este le había dicho en varias ocasiones que dormía con una sonrisa maliciosa y satisfecha en los labios. “¡Cómo no sonreír cuando nuestros sueños y sudores se comparten con un hombre de este calibre!”, pensaba. Pocas horas antes habían

hecho el amor con prisa, urgidos por una necesidad casi animal de meterse el uno dentro del otro. Como si en aquel juego ancestral e infantil a la vez, se les fuera la vida.

*Que pueden desgarrarse las entrañas,
en la más dulce intimidad con amor,
así como también hundo mi carne,
desesperadamente en tu vientre y con amor también...*

La melodía y la voz de Pablo Milanés resonaban en las cavidades húmedas de su ser.

Suavemente, Manuel lo atrajo hacia sí y lo apretó, como si no estuvieran suficientemente cerca. Pudo sentir entonces como aquella verga amiga comenzaba a endurecerse y adivinó con alegría que en pocos instantes estarían de nuevo “desgarrándose las entrañas”. Así fue. Mientras tanto, en la cocina, Octavio pelaba la fruta, chorreaba el café, hervía la leche, tostaba el pan, preparaba los huevos con tomate y soñaba con las isletas de Granada emergiendo –rosadas– del gran lago Cocibolca.

Un poco más tarde, mientras se secaba con una toalla en la que destacaban, primorosamente bordadas, las letras O y B; cuando Manuel aún estaba en la ducha, se dejó fascinar por la silueta borrosa y luminosa que proyectaba el cuerpo de su amigo detrás del cristal opaco. El agua caliente resbalaba desde las espaldas amplias hasta la cintura angosta de Manuel, siguiendo luego su camino a lo largo de aquellas piernas bien torneadas que lo sostenían. Los vapores creaban una atmósfera casi irreal, y el penetrante olor de las velas y el popurrí que Octavio tenía en cada rinconcito de aquel cuarto de baño, como que lo empujaban a escabullirse de nuevo bajo la ducha. Sabía que Manuel deseaba lo mismo, casi podía ver sus ojos almendrados invitándolo a un tercer *round*. Pero Octavio ya estaba impaciente.

—¡*Breakfast is ready ladies!* –gritó por tercera vez.

Así que se vistieron tratando de aplacar la erección que no quería dejarse vencer y salieron a la terraza muy modositos. Se sentaron a la mesa, y en silencio, se dispusieron a disfrutar del desayuno y la mutua compañía. El que había entre ellos no

era un silencio incómodo, como esos que se producen cuando Toni hace uno de sus famosos comentarios inoportunos. “Pasó un ángel”, suele decir entonces para romper el hielo y reanudar la conversación. No. Aquel era el tipo de silencio que se teje entre las personas que se conocen tan bien, que pueden comunicarse sin necesidad de palabras. Habían compartido tantas cosas: la angustia de cada ruptura, la excitación cuando se presenta una nueva posibilidad romántica, tardes de lluvia con cafecito y pastel, noches de tragos, excursiones de *pesca* al Parque Nacional, desayunos en Chelles después de *una noche de copas una noche loca* y quién sabe cuántas aventuras más.

En un momento determinado, Octavio dijo, casi como hablando consigo mismo:

—Primer día del milenio y a mí todo me parece igual...

—¡Pero no todo está igual, cariño. Por lo menos Rafa y yo estamos más jóvenes, más altas y más bellas! —anunció solemnemente un Manuel juguetón y sonriente.

Rafa y Octavio se miraron cómplices y gritaron al mismo tiempo:

—¡Frívola!

Durante las dos horas siguientes, hablaron de los viejos buenos tiempos cuando *La Torre* era la disco de moda, del último espectáculo de la Compañía Nacional de Danza, de la telenovela colombiana que trae a todo el mundo de cabeza, de la programación *super-cool* de *Fashion TV*, del cliente guapísimo que Toni tiene en Bosques de Lindora, de los *maes* que conocieron en *Candelillas*, de las vueltas que da la vida, de cuanto le gusta a Manuel esa película británica sobre un niño de clase obrera que quiere ser bailarín de ballet, del nuevo amante de aquel *mae* que hace mucho tiempo estuvo tratando de conquistarse al primo de José Luis, que nadie pensaba que al fin de cuentas iba a resultar más loca que aquella zorra que trabaja con Octavio, que ahora le entró la onda mística y solo pasa metida en la iglesia donde le prometieron liberarla del demonio de la homosexualidad, que solo sale con ayuno y mucha oración... Y muchas frivolidades más, y se les pasó el tiempo como quien no quiere la cosa. Cuando llegó la hora de despedirse, eran casi las tres de la tarde y estaban quemaditos por el sol que entraba suavemente en la terraza

donde Octavio había servido lo que en realidad terminó siendo un *brunch*. Recogieron sus cosas, intercambiaron el tradicional “besitos, besitos, ciao, ciao” y una vez acomodados en el *cuatro por cuatro* de Manuel, apoyado en la ventanilla del pasajero, Octavio dijo algo, cuyo recuerdo —meses más tarde— atormentaría a Rafa persistentemente:

—Después de una mañana como esta ya me puedo morir tranquilo.

—Que la lengua se te haga un ocho y el culo un colochó —dijo Manuel como queriendo espantar los malos augurios.

—Pues no sé la lengua, pero el culo sí que se me va a hacer un colochó —dijo Octavio dándose la oportunidad de presumir.

Manuel y Rafa entendieron perfectamente:

—¿Cómo? ¿Hoy también tenés visita? ¿Otra vez viene el carpintero? —se atropellaban preguntando.

Por respuesta solo obtuvieron una sonrisa enigmática.

—¿Entonces ya estás seguro de que es *gay*? Rafa estaba realmente interesado en el tema.

—Pues, si no es, le gusta más de la cuenta el Chachachá —dijo Octavio que ya no quería prologar más el tema —y ahora, *chaucito*, porque tengo que lavarme *el bichito*.

* * *

Después de la fiesta en casa de Octavio, Toni y Sebastián habían ido a *Dejavu*, pero cuando llegaron ya había poca gente y el ambiente estaba perdiendo ese aire de irrealidad, que en el clímax de la noche pone a la gente totalmente fuera de sí. No les importó. Estaban en esa etapa de las relaciones en que sobran todos los demás y todo lo demás. Bailaron muy pegaditos, se dijeron ternuras, buscaron un rincón discreto para besarse, acariciarse y regalarsé mutuamente mordisquitos en el cuello. Después se tomaron un par de cervezas y cuando casi amanecía, salieron a la calle para caminar las pocas cuadras que los separaban de la casa de Sebastián en barrio La Cruz. Caminaron tomados de la mano y, si alguno de los conductores trasnochados que pasaban junto a ellos se dio cuenta que eran dos hombres, no manifestó abiertamente inconformidad

alguna. Ellos, por su parte, incluso se atrevieron a besarse en plena vía pública sin ningún pudor. Un lujo que no podían permitirse con demasiada frecuencia.

—¿Cómo te sentiste con mis amigas? —preguntó Toni, que desde hacía rato quería hacerle esa pregunta.

Sebastián, sonriendo, levantó los hombros y soltó un lacónico “bien”. Entonces a Toni comenzó a picarle el gusanillo de la curiosidad:

—Pero bueno, decime algo más... Digo... No todos los días se conoce a las cuñadas, y a cuñadas como estas.

—¿Qué querés que te diga?... Son buena gente, simpáticas; alguna más que las otras —respondió Sebastián un poco incómodo, pues no le parecía que fuera tan importante su opinión al respecto.

Toni se detuvo abruptamente (lo habían cogido fuera de base), soltó la mano de su amigo y —ahora sí— bien picado, le pregunto:

—¿Cómo, cómo? ¿*Alguna más simpática que las otras?* ¿Qué querés decir exactamente?

La conversación comenzaba a ponerse divertida, pensó Sebastián, así que pretendiendo provocar a Toni, le dijo:

—Adiviná.

Después de meditarlo un poco, Toni se aventuró a decir:

—Déjame ver... El único verdaderamente guapo es José Luis, pero, hasta donde te conozco, las *musculocas* no son tu tipo. Rafa y Manuel son demasiado... ¿cómo diría?... *Flamboyantes*. Octavio es encantador, pero tiene una cara de tinajita precolombina que no puede con ella. Eso nos deja como única alternativa... —casi no podía creer la conclusión a la que él mismo había llegado —¿Eduardo?!

Sebastián quedó frío. De pronto se sentía completamente expuesto, la verdad no había pensado que Toni descubriera tan rápidamente su interés por Eduardo. Una vez repuesto del impacto, respondió con gracia:

—Ahora sí que me pescaste —y se tapó la cara fingiendo mal que aquella situación le resultaba embarazosa.

—Pues sí, Eduardo tiene algo... llamativo —concluyó.

—¿Atractivo? Podés decirlo, no hay problema —dijo Toni.

—Sí, atractivo también. Tiene algo como misterioso; como si estuviera escondiendo algo sorprendente —en ese momento Sebastián sintió que estaba yendo demasiado lejos y se calló de golpe.

Toni estaba *speechless*. ¿Eran celos esa incómoda sensación que le producía el saber que no tenía la exclusividad en los intereses de Sebastián?

La madrugada estaba clara, el aire fresco y el ambiente tenso. Sebastián se dio cuenta que había que hacer algo o decir algo (¡y pronto!), pero a los diecinueve años no se tiene todavía el temple necesario para enfrentar momentos como ese. No supo qué decir y no supo qué hacer. Sencillamente optó por dejar que la tensión se diluyera poco a poco, sin intervención de su parte. Toni era bastante guapo y no tenía problemas de solvencia, razones suficientes para sentirse seguro y no padecer de baja autoestima, pero de repente parecía una quinceañera insegura, con la cara llena de acné y el corazón temblando de miedo ante la posibilidad de no dar la talla. Continuaron caminando en silencio. Al rato se tomaron de la mano nuevamente y cuando llegó el momento de despedirse, lo hicieron con ternura, pero sin pasión. Cuando entraba en su casa, Sebastián volteó la mirada esperando que Toni hiciera lo mismo. Toni corrió a la esquina para coger un taxi, sin darse cuenta de los ojos que lo seguían expectantes.

* * *

Aquella escena era un lugar común en la vida de Octavio. Estaba sentado sobre la alfombra con las piernas cruzadas y el teléfono enfrente. De vez en cuando un gesto casi imperceptible lo delataba. Se moría de ganas por marcar el número, pero algo por dentro se lo impedía. Si alguien lo hubiera visto, habría pensado que estaba esperando la llamada del *mae* que había prometido visitarlo: el carpintero. Pero no se trataba de un hombre, si no de su madre. Se preguntaba si debía o no, llamar a su familia en Granada. Hacía cinco años que se comunicaban solo en raras ocasiones: algún cumpleaños, Navidad o fin de año. Comprensible, dadas las circunstancias por las que salió de su casa.

Octavio fue un niño consentido. Hijo único de una familia adinerada del sur de Nicaragua, nunca había pasado necesidad alguna. Ni siquiera en la peor época del bloqueo gringo contra los sandinistas. Su familia había encontrado la manera de mantener sus privilegios, propiedades y buen nombre tanto en la época de Somoza como durante la revolución sandinista y aún luego del triunfo de doña Violeta. ¿Cómo habían logrado hacerlo? Esa era la pregunta para la que nadie tenía respuesta en Granada. No habían tenido que abandonar el país y mantenían relaciones cordiales con gente de todos los credos políticos de la hermana república del norte. Octavio había visto sentarse en la mesa de su casa a Monseñor Obando, Edén Pastora, Sergio Ramírez y Gioconda Belli.

Sus padres siempre soñaron con una familia numerosa, pero doña Merceditas había tenido que operarse después de la cuarta pérdida. Así que Octavio reinaba en aquella casa desde el día en que vino al mundo, con el cordón umbilical arrollado en el cuello y asomando su manita indefensa, para que la partera —temiendo por su vida— derramara el agua bautismal sobre sus dedos. Había que reconocer que era un niño agraciado. Nunca había sido una belleza, pero tenía el humor juguetón, el oído musical privilegiado y el verbo poético que adorna a tantos nicaragüenses. Educado en Managua, en el colegio de los jesuitas, había cursado estudios superiores en la UCA, graduándose con notas sobresalientes en banca y finanzas. Eso sí, siempre fue un muchacho de pocos amigos. Se relacionaba muy bien con los mayores y era la adoración de sus tías solteronas de Managua, la *niña* Cristina y la *niña* Yelba. Resultaba simpático y mantenía relaciones siempre cordiales con sus compañeros, pero nunca tuvo una amistad realmente íntima y mucho menos un noviazgo.

A finales de los ochenta, había hecho los trámites necesarios para hacer estudios de posgrado en el INCAE, en Costa Rica. Sus papás nunca entendieron por qué precisamente en Costa Rica. Gracias a sus excelentes calificaciones y privilegiada posición social, lo habían admitido fácilmente. Se preparaba para viajar al sur, cuando conoció a Mario. Todo ocurrió en cuestión de días. Octavio quería conversar con alguien que hubiera tenido la experiencia de estudiar más allá del San

Juan, así que cuando le hablaron de Mario, inmediatamente lo llamó por teléfono. Se pusieron de acuerdo para platicar y tomarse un trago. Hablaron de todo menos de lo que había motivado la entrevista y terminaron haciendo el amor en la oficina de Mario. Desde ese día salieron cada noche y exploraron todos los moteles en la antigua carretera a León. Finalmente, Octavio decidió que debía llevarlo a Granada el fin de semana. Cometió un grave error de cálculo al pensar que sus padres no sospecharían nada. La primera noche, creyendo que ya todos dormían en la casa, se pasó sigilosamente a la habitación de huéspedes donde estaba su amigo y justo en el momento en que le practicaba el sexo oral con la maestría de una meretriz parisina, su padre se presentó armado con uno de los cuchillos de la cocina. No levantó la voz, pero daba la impresión de que en cualquier momento iba a atravesar a alguien con el cuchillo. Solamente dijo —con un esfuerzo enorme al pronunciar cada palabra— que quería a Mario fuera de la casa inmediatamente y, que de no ser así, usaría el arma que tenía en sus manos. Mario se vistió con precipitación, y sin aliento, abandonó la casa en ese mismo instante. Una vez a solas, el padre abofeteó a Octavio con toda la rabia que había estado conteniendo hasta ese momento. Soltó entonces, la larga lista de frases célebres que se acostumbra en momentos como ese. Desde: “¿pero qué fue lo que hice mal?” hasta “hubiera preferido tener un hijo asesino, guerrillero o drogadicto, que uno *cochón*”, pasando por “desde ahora no tenés nada que ver conmigo”. A partir de aquel día no le dirigió la palabra. Dos semanas después, Octavio salía para Costa Rica sabiendo que algo se había roto en su vida y que nunca podría ser reconstruido.

Ahora estaba esperando en vano, una llamada de Granada. A veces su madre tomaba la iniciativa, otras era él quien daba el primer paso. Esta tarde del primer día del año, después de una noche y mañana maravillosas, necesitaba escuchar la voz ronqueta y distinguida de doña Merceditas, pero no se atrevía a marcar el número. En ese momento sonó el teléfono, y tras unos segundos de incredulidad, apretó con dedos temblorosos la tecla de *talk*. Pero no lo llamaban de su casa.

—¿Octavio? —dijo Eduardo al otro lado de la línea —necesito que vengás a mi casa.

Su voz sonaba débil y angustiada.

Octavio no hizo más preguntas y corrió hasta el apartamento de Eduardo. Una hora más tarde lo ayudaba a hacer los trámites de internamiento en la Clínica Bíblica, jurándole sobre siete Biblias y muy a su pesar, que guardaría el secreto.

* * *

La noche anterior, como a las diez pasaditas, justo en el momento en que Manuel bajaba la cuesta del Virilla, Eduardo todavía estaba frente al espejo, preguntándose qué serían aquellas diminutas manchas rosadas, algunas de ellas convertidas en pequeñas llagas, que cubrían todo su cuerpo y le producían una picazón –por momentos– insoportable. En los últimos meses su organismo lo había sorprendido con nuevas dolencias cada semana. Algunas veces eran las hemorroides que se había operado varias veces, otras esa pérdida de conciencia que literalmente lo desconectaba de su entorno y que en una ocasión lo había llevado a tener un accidente de tránsito –gracias a Dios–, no de consecuencias fatales. Había tenido problemas en su oído derecho y hongos en la boca y garganta. Ahora eran estas hijueputas manchas en la piel. Eso, sin contar el dolor de cabeza y la fatiga que lo acompañaban permanentemente desde hacía mucho –demasiado– tiempo. Hacía todo lo que podía por esconder sus malestares, pero cada vez era más difícil explicar tantas complicaciones de salud. ¿Qué diría esta noche cuando lo vieran sus amigos? Y era absolutamente imposible excusarse y no asistir a la fiesta del milenio, eso sí que sería sospechoso. “Estas manchitas parecen picaduras de mosquito o de jején. Por ahí puedo inventar algo”, pensó.

Estaba convencido que debía enfrentar su enfermedad completamente solo. Ese era su castigo, un castigo autoimpuesto. La manera por medio de la cual expiaría sus pecados. Moriría solo, ojalá en su propia habitación, en medio de dolores y angustias de las que quería tener plena conciencia. Necesitaba experimentar hasta el más diminuto malestar en toda su intensidad y cargar con aquella cruz sin ayuda de ningún cireneo. Era el único camino. Nunca tomaba analgésicos o cualquier otro tipo de medicamentos para paliar el sufrimiento.

Tampoco buscó tratamiento retroviral, el famoso cóctel que estaba dando tan buenos resultados. Pasaba las noches enteras en vela, angustiado por lo que vendría mañana o vomitando, o llorando. Al día siguiente hacía su trabajo como si nada pasara y trataba de cumplir sus deberes laborales con total eficiencia. Llevaba un ritmo de vida suicida. Salía con mucha frecuencia hasta altas horas de la madrugada, se alimentaba descuidadamente. Fumaba cada vez más y permitía que se lo cogiera despiadadamente cualquier desconocido que encontrara en la calle, en un bar o en la disco. Pero siempre con condón, porque no quería ser culpable de la desgracia de otro. Procuraba no pensar mucho en su situación, de todas formas las decisiones fundamentales ya estaban tomadas. Había intentado dejar un rastro, escribir algunas páginas para que después de su muerte alguien —no importa quien— supiera lo que había vivido. Pero tras pensarlo mejor, llegó a la conclusión de que ni siquiera ese nivel mínimo de comunicación se permitiría. No. Este cáliz debía beberlo en total soledad, aún después de su muerte. Una vez que ya había sido enterrado, cuando Manuel y José Luis reunieron las fuerzas necesarias para ir a su apartamento, encontraron algunas de esas notas. Nada poético, nada heroico, solo mucho dolor y una resignación despiadada se podían percibir a través de sus palabras.

La fiesta en casa de Octavio le sirvió para olvidarse, aunque fuera por unas horas, de su juego mortal. La historia del viaje a la playa y las picaduras de zancudos funcionó muy bien. Después de eso, la conversación con todos fue tranquila, divertida, por momentos fraternal. Comió de todo lo que había, y bebió, pero sin excederse. Bailó y coqueteó con Sebastián, la nueva adquisición de Toni, aunque no sabría decir si fue correspondido. A las doce, cuando estaban abrazados, con los ojos cerrados, apretándose unos contra otros, deseando con todas las fuerzas que el nuevo milenio fuera mejor que el anterior, sintió mucho miedo. Sabía perfectamente que no podía contagiar a nadie por el abrazo, pero tenía miedo de causarle algún daño de otro tipo a aquellos *maes* que tanto quería. Cuando uno establece cualquier tipo de vínculo afectivo con otras personas, ya no hay remedio: estás conectado y cada uno de tus actos, opciones y lágrimas, afecta a los demás, tanto como

las tuyas te afectan a vos. Un grupo de amigos es como un extraño organismo en el que los miembros están físicamente separados, pero unidos por algo más fuerte que los ligamentos, tendones o una capa de piel. Si uno de ellos sufre, todos –de algún modo– experimentan el dolor. Él estaba infectado, era un paria, se había convertido en un intocable, y aunque su idea original era sencillamente desaparecer del mapa, ahí estaba, con ellos, y la desgracia se pasa, nunca está contenta con el daño que causa, siempre quiere más.

Dos días después, cuando yacía en su cama de hospital completamente solo, se preguntó por qué extraña razón, por qué estúpida cobardía, después de vomitar durante horas y sentirse desfallecer de dolor, tuvo que llamar a Octavio para que lo trajera a la clínica. Ahora su voto de silencio estaba roto, alguien sabía lo que estaba pasando, alguien sufriría con él y esa certeza lo atormentaba, y le impedía conciliar el sueño.

Acerca del autor

Sebastián Rojo nació en la ciudad de Heredia en 1966, allí realizó los estudios de primaria y secundaria. Llevó varios cursos de Historia del Arte en la UCR y posteriormente estudió filosofía y pedagogía en Bélgica. Ha trabajado en varios países de América Central en ONG's dedicadas a la prevención del SIDA y al acompañamiento de las personas viviendo con el VIH. Ha escrito poesía y cuento, además de la presente novela que es su primera publicación. Actualmente vive y trabaja en los Estados Unidos.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Amanece el siglo XXI y Manuel y sus amigos se reúnen para celebrar la llegada del año 2000. Se sienten en la cima del mundo: son profesionales jóvenes en una sociedad que parece haberles abierto muchas puertas, piensan que han encontrado su lugar en el mundo y que el amor es posible, el futuro se les presenta luminoso y sin complicaciones. Muy pronto se van a dar cuenta que la existencia despreocupada y festiva que han llevado hasta entonces también puede ser tocada por el dolor y la muerte. Tal vez el mundo que parecía haberse convertido en un lugar confortable y tolerante, sigue siendo tan injusto, hipócrita e incapaz de tolerar las diferencias, como en las peores épocas de violencia homofóbica. La crisis que deberán enfrentar los llevará a cuestionar su propia identidad y una visión del mundo que aceptaron sin percatarse de los desequilibrios y tensiones que caracterizan a nuestras sociedades. Con un lenguaje sencillo y directo, "Como una Candela al Viento" nos plantea, desde la perspectiva de las minorías sexuales, algunos temas fundamentales que preocupan a todo ser humano: la amistad y el amor, la enfermedad y la muerte, la esperanza y los sueños, la violencia y la exclusión.

